CAPÍTULO TRECE

Tiempo de la cosecha

Gálatas 6:1-18

Pablo concluye su epístola a los Gálatas haciendo un esbozo de la recompensa que recibirán los redimidos. Como siempre, Cristo es el ejemplo. Su vida de servicio, su paciencia con los que yerran, su disposición a inclinarse para levantar un alma caída y su espíritu benévolo para con sus enemigos constituyen la norma para nuestra vida. Aun cuando se promete una recompensa, nuestro servicio no estimula el deseo de ganarla. El gozo de ver a otros redimidos, liberados de la miseria del pecado porque conocieron al Salvador del mundo, es la mayor recompensa para los fieles seguidores de Cristo. El cielo será un lugar perfecto para gente perfecta; el gozo verdadero será relacionarse personalmente con Cristo y con quienes estén allí a causa de nuestro humilde testimonio.

Un espíritu amable

"Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas 6:1). ¡Qué fácil es condenar a nuestros hermanos miembros de la iglesia que caen en pecado! Tenemos la tendencia a considerarnos más justos que otros cuando oímos acerca del fracaso de alguien. Tendemos a compararnos con el miembro de iglesia que ha caído, o con el ministro, y así rápidamente llegamos a la conclusión de que él o ella merece la disciplina o el castigo que se le impone. Esta actitud era particularmente odiosa para Jesús. Por eso dijo: "No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido" (Mateo 7:1-2).

Una mirada *objetiva* dirigida a otros puede revelar la cruda realidad de su terrible debilidad y pecado. Pero no es fácil ser tan *objetivos* con relación a nuestros propios pecados. "¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?" (Mateo 7:3).

Las personas que han caído en pecado están sujetas muy a menudo a ser marginadas socialmente, condenadas a recibir carias ofensivas, críticas acerbas y a la ley del desprecio. A veces es más soportable para un pecador convicto verse ignorado completamente y no recibir la impresión de que "manchamos nuestros vestidos" si le hablamos, si le dirigimos una sonrisa amigable, un cálido apretón de manos o una palabra amable. Si Jesús hubiera tratado a la mujer sorprendida en adulterio, o a María Magdalena, o a Pedro en la forma como tratamos nosotros a los pecadores en nuestras iglesias, nos habríamos perdido algunas de las historias más bellas que presenta el registro evangélico, y aquellos pobres pecadores habrían sido privados de la vida eterna.

Las ásperas reprensiones rara vez conducen a la salvación de un alma. El pecador casi siempre sabe lo que necesita. La bondad, el espíritu perdonador y la comprensión son difíciles de resistir y casi con seguridad producirán resultados positivos.

"Si Cristo es en nosotros 'la esperanza de gloria', no nos sentiremos inclinados a observar a los demás para revelar sus errores. En vez de procurar acusarlos y condenarlos, nuestro objetivo será ayudarlos, beneficiarlos y salvarlos. Al tratar con los que están en error, observaremos el mandato: 'Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado'. Nos acordaremos de las muchas veces que erramos y de cuán difícil era hallar el camino recto después de haberlo abandonado. No empujaremos a nuestro hermano a una oscuridad más densa, sino que con el corazón lleno de compasión le mostraremos el peligro" (*El discurso maestro de Jesucristo,* p. 109).

"Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas 6:1). Una humilde comprensión de nuestras propias debilidades y de la maravillosa condescendencia de Cristo al rescatarnos de la ruina, nos hará más dispuestos a

perdonar al caído y a hacer cualquier cosa para rehabilitarlo. Recordar el pecado de otros después que se han arrepentido de ellos y que Jesús los ha perdonado es descalificarnos a nosotros mismos para el perdón. (Mateo 18:21-35).

"El que mire a menudo la cruz del Calvario, acordándose que sus pecados llevaron al Salvador allí, no tratará de determinar el grado de su culpabilidad en comparación con el de los demás. No se constituirá en juez para acusar a otros. No puede haber espíritu de crítica ni de exaltación en los que andan a la sombra de la cruz del Calvario" (*Ibíd.).*

Llevando los unos las cargas de los otros

"Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gálatas 6:2). La enseñanza de Jesús en relación a nuestros hermanos que yerran, era la base de la enseñanza de Pablo. Jesús dijo que "la regla de oro" (Mateo 7:12) resume el mensaje de la Escritura ("la ley y los profetas"). Esta regla debe moderar nuestras actitudes hacia nuestros amigos y nuestros enemigos (Mateo 5:43-48). Las relaciones humanas son, probablemente, el factor más complicado de la vida de la iglesia. La única forma de lograr buenas relaciones con los demás y la unidad de espíritu consiste en seguir el consejo de Jesús.

Solamente alguien que se niega voluntariamente a abrir los ojos puede ignorar las terribles cargas que tantos seres humanos tienen que sobrellevar. Muchos luchan contra pecados secretos que se han convertido en hábitos tan arraigados que casi han perdido la esperanza de vencerlos. Pero no deben desesperar; hay que ayudarles a confiar más plenamente en Jesús a fin de que puedan obtener la victoria. Otros pasan por graves problemas familiares. Algunos más luchan con problemas económicos y de salud. Hay muchas personas solitarias en nuestras iglesias que son tímidas, que no pueden hacer amigos íntimos; sin embargo, desean ansiosamente recibir amor y aceptación. Y por último, hay quienes lloran la pérdida de un familiar o un amigo querido.

Sea cual fuere el caso, podemos al menos mostrar simpatía y amable interés al que sufre y lucha por seguir adelante. Cier-

ta vez, en una reunión campestre, al finalizar uno de mis sermones, hice una invitación a que pasaran al frente los que quisieran entregar su vida a Cristo, de modo que yo pudiera orar por ellos. Un joven pasó al frente y me esperó en silencio durante largo rato mientras hablaba con las demás personas. Me dijo que había cometido un terrible pecado y que por ello había sido desfraternizado por su iglesia. Entonces lo animé: "Hermano, el Señor le perdonará y lo recibirá otra vez como uno de sus hijos". Pero él repuso rápidamente: "Oh, sí, yo sé que Jesús me perdona, pero creo que los miembros de la iglesia no me perdonarán".

¡Qué tremenda y triste acusación contra nosotros los cristianos! Cristo puede perdonar y olvidar los errores pasados, pero nosotros no. Aun cuando el hermano estuviera equivocado en su forma de evaluar a los miembros de la iglesia, ¡es una tragedia que haya recibido esa impresión! Es nuestra responsabilidad tranquilizar, ganar e impartir nueva esperanza y confianza a aquellos que están abrumados por la tristeza de haber pecado.

El peligro de la confianza propia

Es posible que la razón principal por la cual tendemos a ignorar las cargas de los que nos rodean y vemos con desdén a los pecadores, es porque al compararnos con ellos sentimos que somos superiores en santidad. Por eso Pablo nos advierte: "Porque el que cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" (Gálatas 6:3). Siempre que nos comparemos con otros, el resultado seguro será la formulación de un juicio distorsionado (versículo 4). Es necesario y urgente dar una mirada detenida, penetrante y *objetiva* a nuestras actitudes y hábitos, comparándonos con Jesús y permitiéndole que nos haga semejantes a él (Lucas 14:7-11; Romanos 12:3; 1 Corintios 8:2).

"En el amor al yo, la exaltación propia y el orgullo, hay gran debilidad; pero en la humildad hay gran fuerza. Nuestra verdadera dignidad no se mantiene cuando más pensamos en nosotros mismos, sino cuando Dios está en todos nuestros pensamientos, y en nuestro corazón arde el amor por nuestro Redentor y hacia nuestros semejantes. La sencillez de carácter y la humildad de corazón darán felicidad, mientras que el en-

greimiento producirá descontento, murmuraciones y continua desilusión.

Lo que nos infundirá fuerza divina será aprender a pensar menos en nosotros mimos y más en hacer felices a los demás" (*Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 404).

"No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna" (Gálatas 6:7-8).

En el contexto de la Epístola a los Gálatas, sembrar para el Espíritu es recibir la justificación. Del mismo modo como hemos comenzado con el Espíritu (Gálatas 3:3), si andamos diariamente en él (Gálatas 5:16-18) tenemos paz con Dios (Romanos 5:1), el amor de Dios reina en nuestros corazones (Romanos 5:5) y tenemos la seguridad de la vida eterna (Juan 3:36; 1 Juan 5:11-13).

Por otra parte, sembrar para la carne es la experiencia opuesta. Incluye el rechazo de la justificación (la experiencia del nuevo nacimiento) y todas las tragedias y males que de ello resultan. En lugar del Espíritu Santo, Satanás llega a ser el amo de la vida; el egoísmo reina supremo y las obras de la carne son lo más importante (Romanos 5:19-21). Con tristeza el apóstol Pablo escribió el epitafio de aquellos que siembran para la carne: "El fin de los cuales será perdición" (Filipenses 3:19).

Los que siembran para el Espíritu no se cansan "de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Gálatas 6:9). El tiempo de la cosecha es la segunda venida de Cristo: "La siega es el fin del siglo" (Mateo 13:39). "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mateo 13:43). La experiencia de la justificación, conservada y perpetuada, nos capacita para rendir un servicio de amor a otros y culmina en el gozo eterno del reino de los cielos. "Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gálatas 6:10).

Gloria en la cruz

Pablo escribió las frases finales de su epístola con sus características letras grandes manuscritas (Gálatas 6:11). Siendo que estaba casi ciego, generalmente dictaba sus cartas a un secretario.

Pero a fin de dar autenticidad a las mismas, añadía una postdata con su propio puño.

Con el propósito de que los gálatas tuvieran presente la principal preocupación contenida en su carta, el apóstol les recordó una vez más la futilidad de la práctica de la circuncisión como rito religioso (Gálatas 6:12-13). Les recordó que los motivos de los legalistas que querían circuncidarlos eran muy cuestionables. Al practicar dicho rito no buscaban sino evitar la persecución que seguramente lanzarían contra ellos los judíos ortodoxos si no lo hacían. Los legalistas buscaban adeptos que pensaran igual que ellos, ambicionando la notoriedad religiosa a costa de ignorar la cruz de Cristo.

El apóstol deseaba que los gálatas retornasen a las realidades de la vida cristiana victoriosa. "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación" (Gálatas 6:14-15).

Nuestra esperanza se funda en la cruz de Cristo. Así como él murió *por* nuestros pecados, debemos morir nosotros *a* nuestros pecados (Romanos 6:5-8). Así como él se levantó vencedor del pecado y de la muerte, así debemos nosotros levantarnos a una novedad de vida en Cristo. Así como él venció por una dependencia total de su Padre, así debemos nosotros depender de él para librarnos del poder del mal. "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me ha sentado con mi Padre en su trono" (Apocalipsis 3:21).

"Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia

a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos del carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer estos atributos" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 265).

La cruz hace posible "una nueva creación" en nuestros corazones. En lugar de degradación moral y espiritual, hay pureza y amor. En vez de deprimente insatisfacción con nuestras propias actitudes y las circunstancias que rodean nuestra vida hay paz mental, satisfacción en el servicio, y gozo en la comunión cristiana. En lugar de pecar habitualmente, hay una victoria habitual. En lugar del tiránico dominio satánico, está el benevolente reinado del Espíritu Santo. La alabanza que saldrá de lo más profundo de nuestro corazón será la misma que expresó el apóstol: "Porque para mí el vivir es Cristo" (Filipenses 1:21).

"La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén" (Gálatas 6:18).